

# CUANDO el arte es TESTIMONIO de la HISTORIA

CECILIA BÁKULA\*

\* Directora del Museo del BCRP.

Tradicionalmente resulta poco evidente en nuestra producción artística, la íntima relación que existe entre los hechos históricos y las expresiones plásticas. Quizá, porque el tema histórico, narrativo y basado en "otras fuentes" ya no es atractivo para los artistas y es poco requerido por los coleccionistas o promotores del arte, hoy vemos poca producción de ese tipo.

No obstante, a lo largo de la historia, el arte ha reflejado en mucho, el alma y el sentir de los pueblos, la idiosincrasia y la historia, haciendo eco de preservar testimonios, imágenes, leyendas, relatos.

En nuestro medio, la pintura de carácter histórico tuvo su apogeo durante la primera mitad del siglo XIX, cuando la corriente academicista buscaba retomar las pautas de la “academia” y motivaba a los artistas a concentrar su atención en los temas de corte clásico, muy narrativos, a manera de escenografía y, sin duda, copiando las obras que durante muchos años antes habían obtenido la preferencia del público y los críticos o comentaristas. Este estilo guarda íntima relación con el

proceso de desacralización del arte, que si bien empieza con el interés de los mecenas en el Renacimiento, se va a afirmar conforme los magnates, autoridades y gobernantes, sienten predilección por el retrato, la representación de su vida y consideran que esa es una forma elocuente de trascender en el tiempo. Sin que el tema religioso quedara totalmente abandonado, lo que conocemos como retrato civil, adquirió auge y reconocimiento.

Entre los pintores nacionales que dejan huella en este tipo de obras y cuya producción la ubicamos en la primera mitad del siglo XIX, tenemos al maestro Daniel Hernández, quien destaca y brilla con luz propia. Nacido en Huancavelica en 1856, su formación pasó por varias etapas y, como

SALUDO AL PRESIDENTE LEGUÍA





muchos, tenía el sueño que llegar a la “academia” francesa y ser reconocido en ese medio tan exigente. Desde muy joven y ya en Lima, inicia su proceso de aprendizaje como pupilo del italiano Leonardo Barbieri, quien tenía su academia en el Jr. Ucayali Núm. 97. Estuvo allí hasta que en 1874 viajó a Italia gracias al ofrecimiento de una pequeña subvención por parte del Gobierno, la misma que nunca llegó y que le obligó a pasar muchas penurias y a vivir prácticamente de la venta de las pequeñas obras y las copias de obras de los clásicos. Muchos de esos pequeños cuadros, trabajados con precisión y exquisito rigor, realizados a veces sobre superficies en desuso, como cajetillas de cigarrillos, se han convertido hoy en día en piezas sumamente buscadas por conocedores y especialistas. En aquella época, las obras de Hernández transitaron por temas de la vida cotidiana y paisajes urbanos.

Esos tiempos difíciles no lo amilanaron, y fue en Italia en donde se relacionó con los maestros españoles Mariano Fortuny y Francisco Pradilla; si bien el primero de ellos no se dedicó exclusivamente a temas históricos, sí se hizo conocido por obras como “El Conde Berenguel III alzando la enseña en la torre del castillo de Foix”, o “La batalla de Wad-Ras” y “La reina María Cristina pasando revista a las tropas”. Fueron ellos los que motivaron al maestro Hernández a viajar a España en donde permaneció hasta que consideró que su formación teórica era suficientemente sólida como para llegar a París. Allí logró una notable aceptación por parte de los críticos y obtuvo la Medalla de Oro en la exposición de 1900 y la Legión de Honor,

así como una convocatoria permanente para participar como invitado especial en los salones anuales de la academia parisina.

No cabe duda que los aires de libertad del Impresionismo empezaban ya a contagiar a los artistas, a los que se les invitaba a dejar de trabajar únicamente dentro de los espacios de las academias, para dejarse “impresionar” por la luz, la naturaleza, la vida, los modelos naturales, los paisajes urbanos. Hernández no pudo estar ajeno a esos nuevos vientos y opta por desarrollar más el retrato y por dedicarse a producir una serie extraordinaria de “perezosas”, bellas mujeres que aparecen reclinadas de manera insinuante, con una velada sensualidad y dando lugar a un delicado desnudo. Estas obras captaron la atención del público francés que lo colmó de atenciones y preferencias.

En 1918 y a pedido del presidente José Pardo, Daniel Hernández regresó al Perú y aceptó hacerse cargo de dirección de la Escuela de Bellas Artes, cargo que ejerció hasta su muerte. Este encargo que le deparó muchos éxitos y reconocimientos, no fue ajeno a grandes sinsabores. Uno de ellos fue el público, mas nunca reconocido, enfrentamiento con otro artista nacional llamado Teófilo Castillo, quien durante muchos años había bregado porque nuestro país tuviera una escuela de arte. Habiendo sido un reconocido crítico, y luego de haber dado la batalla por obtener la voluntad política hacia la creación de la escuela, Castillo quedó sumamente defraudado cuando supo que una persona como Hernández, hasta entonces poco vinculado con la realidad de la plástica nacional, había sido designado como su primer Director. Esto motivó que Castillo se auto exilase en Argentina, en donde falleció sin regresar al Perú.

Ajeno a estas circunstancias, Hernández llegó para asumir el reto y fueron su vocación docente y el deseo de transmitir en su patria los conocimientos y la experiencia adquiridos en Europa, los que lo llevaron a abandonar la comodidad parisina para hacerse cargo de la nueva Escuela, en donde trabajó con empeño hasta lograr la excelencia en la Escuela, compartiendo generosamente sus conocimientos y logrando la formación de generaciones de artistas que gozaron de su temperamento amable y cordial.

Fue en nuestro país en donde Hernández desarrolla una singular admiración por los temas “locales”, realizando cuadros de gran importancia y de singular valor como testimonio de su época. El Banco Central de Reserva del Perú cuenta con una variada, valiosa y muy representativa colección de obras de este insigne pintor, cuya obra se distingue por el equilibrio que permanentemente busca, logrando con éxito el manejo del dibujo y la aplicación del color, cuidando cada obra hasta en los más pequeños detalles.

Es el descubrimiento de la riqueza de nuestra historia que lo lleva, por ejemplo, a trabajar la “Capitulación de Ayacucho”, y a hacer suyos los tiempos festivos que se vivían con ocasión de la celebración del primer centenario de la Independencia del Perú.

Es en este contexto en que ubicamos la obra a la que queremos referirnos y que se titula “Saludo al presidente Leguía”, excepcional obra de carácter histórico que narra y describe, como un testimonio gráfico para la posteridad, la ceremonia en la que las misiones especiales, en representación de diversos gobiernos, presentan su saludo al presidente de la República al iniciarse las celebraciones por el primer centenario de la Independencia. La habilidad retratista de Hernández nos permite reconocer claramente a los principales personajes que aparecen en primer plano como a don Augusto B. Leguía, presidente de la República; quien le estrecha la mano es el general Charles Marie Emmanuel Mangin (1866-1925), héroe de Verdún, batalla en la que se consolidó el poder francés permitiendo recuperar casi todos los territorios ocupados por Alemania. Debido a sus proezas militares, los restos del general Mangin reposan en la cripta de Les Invalides en París.

El general Mangin llegó como jefe de la delegación francesa y por su destacado accionar como militar en la Primera Guerra Mundial, tuvo el honor de comandar la línea en el espectacular desfile militar que se llevó a cabo el 27 de julio de 1921 en el Hipódromo de Santa Beatriz. Su presentación la realizó en un brioso caballo blanco, que cautivó la atención de todos los asistentes.

Fue en esa condición de general victorioso que, además, asumió el rango de “Decano” de todas las delegaciones y es ese momento, cuando se inicia el saludo protocolar al presidente de la República, el que plasma Hernández para la posteridad. Se sabe que él no asistió a dicha ceremonia, pero se ilustró con las imágenes fotográficas y ello le permitió componer una escena de ajustado realismo.

Esas imágenes quedaron para el recuerdo y la historia. El gobierno encomendó al fotógrafo Benjamín Velarde la responsabilidad de hacer las tomas fotográficas de todos y cada uno de los momentos, invitados, ceremonias y otros. Con ese material, se elaboró un hermoso recuerdo titulado “Álbum gráfico del Centenario” que fue impreso por la antigua Empresa Editora San Martí, cuyas instalaciones se ubicaban en el Jirón Miró Quesada, frente al actual local del Banco Central de Reserva del Perú. Gran cantidad de fotos fueron publicadas en las ediciones de época de la revista Variedades, desaparecida de nuestro medio en 1931.

El cuadro a que hacemos mención, es un óleo sobre lienzo de importantes dimensiones, pues sus medidas son 1,61 m x 2,59 m que le permiten al



**CAPITULACIÓN DE AYACUCHO**

pintor, plasmar toda una escena a través de la cual vivimos, desde nuestro tiempo, la importancia del festejo y la celebración.

La escena central está dominada por el efusivo saludo que el general Mangin alcanza al presidente don Augusto B. Leguía; el artista no escatima trabajo alguno en los detalles de los trajes de gala de cada uno de ellos y coloca a ambos personajes no sólo en el eje visual central, sino los dota de dimensiones “adecuadas” para que no sea muy llamativa la poca estatura que ostentaba Leguía y que le causaba más de una mortificación. Mangin luce uniforme celeste de general victorioso y lleva la condecoración de la Legión de Honor; Leguía aparece vestido de elegantísimo y sobrio frac, como varios de los asistentes y luce la banda presidencial.

Se sabe que un total de 34 delegaciones asistieron a estos festejos y, tenemos evidencias de la generosidad festiva de muchos Estados, que regalaron al Perú emblemáticos obsequios. Cabe resaltar, entre otros, que la colonia italiana regaló a la ciudad el Museo de Arte Italiano, la colonia japonesa donó la estatua de Manco Cápac que se ubica en la plaza del mismo nombre, la colonia belga donó la estatua del Estibador o el Trabajador, la colonia norteamericana hizo lo propio con la estatua de Jorge Washington y la de las Tres Gracias, la colonia británica hizo entrega del antiguo Estadio Nacional, la colonia brasileña obsequió las palmeras de la avenida Leguía, hoy Avenida Arequipa, la colonia alemana regaló el Reloj del Parque Universitario, la colonia francesa, la Estatua de la Libertad que se ubica en la Plaza Francia, la colonia china donó la Fuente China y la colonia española hizo entrega del Arco Morisco o Arco de

la Amistad que se ubicó en las primeras cuadras de la Avenida Arequipa y que hoy ha sido reproducido en el distrito de Surco.

El Perú, por aquel entonces, empezaba recién a aplicar algunas medidas de modernidad y si bien una de las obras más importantes de entonces fue el afamado Hotel Bolívar, éste y el Country Club quedaron abarrotados; la ciudad no contaba con suficiente capacidad para hospedar a tantos dignos visitantes. Se cuenta que el propio Leguía, debió habilitar en su casa, varios ambientes para recibir a sus invitados internacionales.

En el cuadro de Daniel Hernández que nos ocupa, podemos apreciar claramente a personajes como el monseñor DuPrat, embajador extraordinario y plenipotenciario de la República Argentina, quien llegó con un regimiento de Granaderos a caballo a bordo del Crucero “San Martín”; al embajador de España; al nuncio apostólico de Su Santidad el Papa Benedicto XV; al General de División José Ramón Pizarro, quien participó en la Batalla de Pisagua y fue encarcelado en Chile durante la Guerra del Pacífico y murió en 1837; al mariscal Andrés Avelino Cáceres, héroe de la Breña y presidente de la república en dos oportunidades: 1894 - 1895 y 1886 - 1890, siendo el candidato del Partido Constitucional que él había creado. Por sus cualidades personales y su desempeño en hechos trascendentes de nuestra historia, se le conoce con el interesante apelativo de “Un peruano a carta cabal”.

Se aprecia también las figuras de Pedro José Rada y Gamio, entonces alcalde de Lima, personaje de mucha influencia y de reconocida valía en nuestro medio. Entre otras funciones y responsabilidades, fue designado como Canciller y en esa condición, suscribió el Tratado de 1929, conocido como el “Tratado Rada Gamio - Figueroa Larraín”, que puso fin a la delicada cuestión de Tacna y Arica, consecuencia nefasta de la Guerra del Pacífico. Nos aparece evidente la imagen de Germán Luna Iglesias, ministro de Hacienda, y posteriormente presidente del Senado; Alberto Salomón Osorio, ministro de Relaciones Exteriores y firmante en 1922 del Tratado Salomón-Lozano que zanjó las diferencias limítrofes entre el Perú y Colombia; Fabio Lozano Torrijos, de la delegación colombiana y destaca, hacia la izquierda del cuadro, la figura de Javier Correa Elías, Introdutor de embajadores equivalente actualmente al Director de Protocolo.

No cabe dudas que este cuadro nos abre una ventana a la historia de nuestro país y ha sido gracias a la mirada sutil y profunda de Hernández, que logró captar la individualidad de cada uno de los principales asistentes y legarnos, para los años futuros, la representación de un momento histórico para nuestro país.

Daniel Hernández falleció en Lima en 1932.